

La Armonía Racial Como Función de Cultura

POR GUSTAVO E. URRUTIA

Este trabajo fue leído por su autor en la tarde de hoy a las 5.15 ante los micrófonos de la emisora RHC-Cadena Azul, y es la octava de las radioconferencias que presenta esa difusora, respondiendo así, a la invitación expresa hecha a los intelectuales cubanos por el doctor Saladrigas, en su discurso del 21 de abril.

La comisión organizadora de estas pláticas alrededor del discurso pronunciado por el joven candidato presidencial de la CSD, el culto y equilibrado doctor Carlos Saladrigas, el 21 de abril pasado, me favorece con un turno en el ciclo de charlas culturales, para que discorra libremente acerca de la cultura como instrumento de la armonía racial. Anticipo rotundamente que, a mi juicio, la cultura popular es la única solución eficaz y permanente de nuestro problema de razas. En la general comprensión del devenir cubano estriba el buen éxito de toda legislación reivindicadora. Coincido con el doctor Saladrigas en este postulado como coincidimos en las aclaraciones que paso a consignar. También digo de entrada que la armonía de razas existe en Cuba desde la Guerra de los Diez Años, pero que esa armonía no es completa ni es perfecta.

El doctor Saladrigas, muy plausiblemente se pronuncia por la urgente superación de nuestra cultura y nos promete aproximarla a la perfección lo más que pueda desde la jefatura del Estado. Digo con él que en el mismo grado se acercará a la perfección nuestra armonía racial. Esta interdependencia de la cultura y la armonía racial la dejó él formulada cuando no era candidato presidencial ni una gran mayoría cubana lo daba por seguro como sucesor del democrático general Batista en la primera magistratura. La sustanció muy explícita y esclarecidamente en su hermosa conferencia del Club Atenas el año 39. Fue en vísperas de la Asamblea Constituyente y es notoriamente alentador para el supremo ideal de unificación cubana, que se traiga ahora la tesis a debate público incluyéndola en el temario de este ciclo de pláticas comprometedoras.

Hay, en efecto, armonía racial en Cuba desde los remotos días en que los ideales y los intereses de las dos razas pobladoras se fundieron en el esfuerzo separatista, heroico y unificador. No fue perfecta nuestra armonía racial entonces y dista mucho de serlo todavía. Pero, con el tiempo se ha ido mejorando parejamente con el mejoramiento de las demás manifestaciones de la vida cubana. La armonía racial primitiva provino de una directa y laboriosa enseñanza: fue consecuencia de la prédica del separatismo, que

abarcará en la problemática cubana, la cuestión de razas. Aquel cultivo mental y espiritual, aquella política cultural separatista puso gran énfasis en el problema de razas. Más tarde, instaurada ya la República, ilusiones sin mucho fundamento y, sobre todo, las influencias reaccionarias que tanto daño han irrogado a la República, impusieron un tabú al tema racial como estorbaban otros muchos progresos de nuestra nacionalidad. Cayó en el año 33 lo que suelo llamar «la Primera República» y surgió la segunda, la actual, con sus impulsos de reivindicación revolucionaria. Había que volver a hablar de blancos y negros hasta emparejarlos. Después no habría por qué.

En virtud de este renacimiento revolucionario, el pueblo cubano admitió la existencia del problema negro y de la consiguiente discriminación racial, como la habían reconocido los separatistas de antaño. En la propia virtud y con plena colaboración de las dos razas, se inscribieron en el nuevo Código Fundamental los preceptos contra esa discriminación. Falta, no obstante, su complemento cultural: la prédica y la acción cívica unificadoras, la siembra mental y espiritual promovida y dirigida por el Gobierno como la promueve y dirige hoy mismo en otros planos de la superación nacional. La cultura antirracista es clave de la unidad nacional cubana como fue origen de aquella culminación del separatismo en la Independencia y la República, y que en ella se estancó. Esta tesis hay que explicarla y argumentarla, tal como se nos enseñaron los hábitos sanitarios y de salubridad pública en nuestra infancia republicana. Poco habrá de ganar la armonía racial si a los nuevos preceptos constitucionales y a la esperada ley complementaria contra la discriminación, no viene estrechamente unida una política gubernamental de cultura, que tenga entre sus objetivos principales hacer patente que Cuba no será genuinamente cubana, ni nacionalmente fuerte, mientras la tercera parte de su población esté inferiorizada en lo económico, subestimada en lo social, eufemísticamente mediatizada en lo político. El antecedente histórico de una inquebrantable cordialidad separatista garantiza y estimula esta labor salvadora.

... de esas pláticas...
... de los diez años...
... de la guerra de los diez años...
... de la independencia...
... de la república...
... de la cultura...
... de la armonía racial...
... de la discriminación...
... de la unidad nacional...
... de la cultura cubana...
... de la armonía racial...
... de la discriminación...
... de la unidad nacional...
... de la cultura cubana...

Se ve, pues, que no me ciño a la mera cultura universitaria ni a las otras culturas que se brindan hoy fuera del Alma Mater. Al hablar de la cultura como instrumento perfecto de una armonía racial perfecta, pongo especial interés — como lo pone el doctor Saladrigas— en una cultura sociológica específicamente diseñada para nuestras circunstancias nacionales. Es ésta una cultura singular que no se adquiere hoy en nuestros centros docentes, ni sería cabalmente eficaz si en ellos se recluyera. Es cosa de lema, sistema y acción popular a todas horas y en todas partes. Toda una política nacional intensa y sin tregua. Una política de ligar intereses hasta unificarlos, como los ligaron blancos y negros en la gesta separatista, cuando los negros tenían mucho menos que aportar. ¡Genial previsión la de aquellos libertadores blancos y negros!

La primera República franqueó al negro todos los niveles de la instrucción y la cultura en igualdad con el blanco. El oscuro aprovechó la coyuntura de la manera eminente que todos conocemos. Pero, omitió la primera República compartir con el negro los precarios recursos económicos que logró ella rescatar, y le regateó con discriminaciones sociales tácitas, pero efectivas y mortificantes, el tranquilo disfrute de un decoro indiscutible. El error y el peligro nacional de estas negaciones reaccionarias se hacen más palmarios cada día en un país que no podría, aunque quisiera, apartarse de las corrientes de unificación nacional y reivindicaciones populares que esta guerra impone y que modelarán la postguerra. Cuba tiene que recuperar el tiempo perdido y rectificar urgentemente los errores y vicios que conspiran contra esas corrientes de salvación mundial. La guerra y la postguerra se lo exigen con riguroso apremio.

Todo esto lo sabemos todos, y lo sabe sobradamente un estadista de los quilates intelectuales del doctor Carlos Saladrigas. Lo sabe, no de ahora, sino desde siempre. Lo que dejo expresado es mi propio y libérrimo criterio. Para mi satisfacción coincide casi a la letra con su discurso del año 39. El Club Atenas recogió aquel discurso suvo con los de otros voceros de nuestros partidos políticos en un volumen que está muy difundido en Cuba y que figura en las principales bibliotecas públicas del extranjero.

También esto lo sabe el doctor Saladrigas, y trae su tesis a colación como para recordarla a quien la haya olvidado. La ratifica en visperas de las elecciones en que aspira a la Presidencia de la República, como para renovar en los umbrales del Poder este compromiso con la patria.

No veo mejor explicación para un gesto político tan insólito entre nosotros. Al dar las gracias por este honor que se me ha hecho y reiterar al doctor Saladrigas mi confianza en su palabra, le deseo que pueda cumplir plenamente su programa presidencial.

mayo 1940